

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ISABEL LUNA



Como es buena actriz dramática.
la admira el público extático;
que no hay mujer más simpática
en el género dramático.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XIV, por Constantino Gil.—A la viuda de Chupetón, por Juan Pérez Zúñiga.—Cosas, por Antonio Peña y Goñi.—Examen desgraciado, por José López Silva.—Gracias de la ciencia, por Manuel Ossorio y Bernard.—Correo interior, por Sinesio Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Isabel Luna.—La procesión de los gremios, por Cilla.—Cavaleradas, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



Con la llegada de los reyes de Portugal ha revivido en nosotros el deseo de los placeres. Ya nos habíamos olvidado de los festejos, ya nadie pensaba más que en arrojarse, dada la crueldad de la temperatura; pero de pronto llegaron los monarcas lusitanos, y el júbilo renació en nuestros corazones.

Por de pronto, el jueves todo Madrid asistió á presenciar el desfile, y la mayor parte de los vecinos almorzaron de mala manera. En algunas casas se pegó el arroz; en otras se achicharraron los filetes, y muchos esposos montaron en cólera.

—¿Qué me dais aquí?—preguntaba uno, metiendo las narices en el plato.

—Hígado frito—contestaba la esposa, quitándose la mantilla, de vuelta del desfile.

—Esto no es hígado: esto es coc.

—Bueno, pues ten paciencia. En un día como éste no tiene nada de particular que almorcemos de cualquier modo. La chica ha bajado, á ver á los ilustres viajeros, porque tenía mucho empeño en conocer á la reina de Portugal, y, mientras, se le quemó todo el hígado.

—Á mí sí que me estáis quemando las entrañas. ¡Maldita sea mi suerte!

Si hubiera más fe monárquica y más amor á los seres augustos, no gruñirían los esposos por un «quitame allá ese hígado,» pero hoy reina el descreimiento y la indiferencia.

Los ilustres huéspedes han obtenido un recibimiento respetuoso, pero no hubo manifestaciones de entusiasmo, ni gritos de júbilo, ni estremecimientos de dicha reconcentrada; lo cual produjo cierto malestar entre algunas personas que aman profundamente todo lo que brilla.

—Es una falta de consideración muy grande no dar vivas á los monarcas extranjeros—decía uno en el café.—Aquí se van perdiendo todas las virtudes que nos enaltecían. En mis tiempos había otro entusiasmo y otra manera de recibir á los personajes. Recuerdo que estuvo aquí en una ocasión el rey de Italia, y el pueblo no sabía qué hacer con él. Mi señora, que en paz descanse, le tiró el manguito en un momento de frenesí; y un gentil hombre, sin poderse contener, le dió dos besos en la calle del Arenal.

Tenía razón el caballero: se han acabado las manifestaciones entusiásticas y los grandes sacudimientos del espíritu popular. Lo más que hacemos es salir á la calle y ver si obtenemos billetes para la función regia que se prepara.

Ahí están los infelices ministros de Estado y Fomento que reciben peticiones todos los días y no tienen momento de reposo. Á casa de Linares Rivas acuden diariamente todas las familias gallegas con residencia en esta capital, en solicitud de billetes, y el hombre se ve y se desea para librarse de su persecución.

—Dígale usted á D. Aureliano que está aquí Pepe Chouchiños, el de Santa Marta de Ortigueira—dice uno dirigiéndose al ayuda de cámara del ministro.—Vengo á que me haga el favor de cinco butacas y dos paraísos. Recuérdeme usted que hemos sido compañeros de Instituto, y que yo fui quien le ayudó á arrancarse una muela en la clase de matemáticas.

Á casa del duque de Tetuán acuden los de Castellón con idéntica solicitud, y hay quien ha escrito desde Madrid al famoso *Pan-torrilles*, el cacique electoral de aquel país, diciéndole:

«Usted que tanto influye en el ánimo del ministro, puede dispensarme un favor inmenso. Se trata de conseguir cuatro billetes para la función del Real, pues quiero que mi señora y mis cuñadas vean de cerca á los reyes. Desde que estamos aquí no hemos visto más que el teatro de Apolo, el Museo de Historia natural y el portal de la Equitativa; mañana van á llevarnos á ver el Ayuntamiento, que dicen es cosa preciosa, y las Tullerías para que probemos la sopa de hierbas; pero no quisiéramos volvernos á Benicarló sin conocer á los reyes personalmente y oírles hablar.»

Á estas fechas ya se han repartido muchos billetes y se han satisfecho muchos compromisos; pero así y todo, hay gran número de personas descontentas, entre las cuales figuran las señoritas de Agualimón, que están acostumbradas á ir de gorra á todas partes. Cuando se verificó la cabalgata de los gremios estuvieron en Gobernación, valiéndose de la amistad de un escribiente. Para ver la cabalgata histórica cuentan con los balcones del Ayuntamiento, donde suelen repartirse helados, pastas y otros comestibles apetitosos, y las de Agualimón se ahorrarán el almuerzo, según costumbre.

Hace pocos días que estuve en su casa, y allí me enseñaron varios recuerdos de su pasada dicha.

—Mire usted, esta yema la conservamos en memoria del día en que se casó D. Alfonso. Fuimos á verle pasar desde los balcones del ministerio de Hacienda, y nos obsequiaron muchísimo los funcionarios públicos. Este caramelo nos lo regalaron en Gobernación cuando estuvieron aquí los archiduques de Austria. ¿Ve usted esta pera? Pues nos la dió un concejal el día de Corpus.

—Y además tenemos varias servilletas—añadió la madre.—Siempre que hay ocasión nos traemos alguna á casa, como recuerdo.

Con motivo de la función regia que prepara Vico en el Español, se han recibido en contaduría recados del tenor siguiente:

—De parte de D. Isidoro Vázquez, el senador por derecho propio, que me den ustedes un palco.

—Ahí va. Son 125 pesetas.

—¿Cómo? ¿No los dan de balde?

—No, señor.

—¿Qué escándalo! ¿Conque es decir que un senador por derecho propio no puede entrar en el teatro tratándose de una función regia? ¡Es lo que me quedaba que ver! Voy corriendo á decirselo, y quiera Dios que no tengan ustedes que sentir.

Y el emisario se iba echando demonios; porque aquí, ya se sabe, el que es senador, ó gentilhombre, ó diputado provincial, ó regidor del municipio, se cree con derecho á entrar de gorra en todas partes, ni más ni menos que las de Agualimón, coleccionistas de confituras y servilletas.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XIV

Para escribir comedias yo necesito una pluma, un tintero y un papelito. Los pongo en una mesa, me siento al lado, y ya me siento un poco preocupado. Cuando no tengo asunto, que es lo corriente, me rasco las narices tranquilamente; y cuando tengo asunto, no me las rasco, pero... pasa lo mismo, también me atasco. De pronto, hago versitos á cualquier cosa: á una dama que sufre de la mucosa, á una niñera guapa, ó á un viejo verde, hasta que ¡plum! me acuerdo de la Valverde. Y entonces la bautizo, le pongo un traje, unas veces de lana, y otras de encaje, y enseguida la caso con cualquier chico, que no la quiere, cosa que no me explico. La Valverde lo sabe, pero es honrada, aunque está aquella noche muy constipada, y para darle celos, en un armario encierra á un tío suyo que es herbolario. En fin, de esta manera voy discurrendo para que los actores vayan saliendo. Una vez ya salidos, respiro un poco, aunque no sé á qué salen, ni ellos tampoco. Después, les armó varias complicaciones,

mientras que yo trabajo con los talones, porque eso sí, en la estera donde me apoya, cada dos ó tres días practico un hoyo. Yo no sé qué me pasa cuando trabajo: debo sacar los versos de muy abajo, porque si no me agito no sale nada, y cada verso es obra de una patada. Mi mujer ya lo sabe: con ver la estera casi casi conoce la pieza entera, y cuando está ya rota, va y me la quita, porque ya he terminado la piecicita. Entonces me levanto, cojo el sombrero, y... ¿al teatro? No: á casa del esterero.

CONSTANTINO GIL.

Á LA VIUDA DE CHUPETÓN

Oiga, doña Salomé, y una advertencia le haré con el debido respeto. Lo que hace usted con su nieto se lo critican á usted. ¿Cree usted que nadie se entera de lo que hace el angelito? No sea usted majadera. Sabiéndolo la portera, lo sabe todo el distrito. Dirá usted, y con razón, que qué me puede importar; mas me causa indignación el que dé que murmurar la viuda de Chupetón. Y hablan de ello las criadas del segundo y del primero y el sastre y el zapatero y dos ó tres deslenguadas que viven en el tercero. Lo sabe el bajo profundo que habita el cuarto segundo y don Segundo el del bajo y don Crisp lo Cascajo y el cartero... y todo el mundo. Pase que al tal nietecito le muestre usted un amor que llega hasta lo infinito. Pase el que sea Benito un chico alborotador. Pase que usted, que le mima, le deje que en la tarima dé golpes con un vergajo.

(Pase... porque vivo encima, ¿que si viviera debajo!...)
Pase el que usted le consienta que muerda las zapatillas y que coja á la sirvienta y le haga siempre cosquillas en donde más la revienta. Lo que critican es que, así que la luz se ve del día, deje Benito su catre tan calentito para pasarse al de usted. Y que usted al verlo no trate de decirle: «Tate, tate, vuelve á tu cama y no enredes.» Y que allí se den ustedes sopitas de chocolate. Que una abuela cariñosa se muestre tan bondadosa con su nieto encantador, francamente, es una cosa muy natural, sí, señor. Muy natural, lo repito. Mas los hechos que he descrito le han de asombrar por lo extraños al que sepa que Benito tiene ya veintidós años. Conque... doña Salomé, ante todo la moral, porque aquí todo se ve. ¿Qué irán diciendo de usted los reyes de Portugal!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

COSAS

Para tratar detenidamente de todos los puestos que hay en la feria colombina y de los artículos que en ellos se expenden, haría falta que MADRID CÓMICO se convirtiese en periódico diario, dejando de serlo semanal.

Y como esto es imposible, tengo que apelar á las «grandes síntesis» y escoger lo que buenamente se me viene á las manos, á fin de extraer el aroma de Colón y repartirlo á domicilio, como las novelas por entregas.

Ofréceme, al efecto, propicia ocasión el álbum del Círculo de Bellas Artes, espléndido ramillete artístico, literario, poético y musical, del cual me propongo cortar algunas flores y regalárselas á ustedes galantemente, por si quieren lucirlas en sendos ojales, ora vistan ustedes la plebeya americana, ora la burguesa levita, ora el aristocrático frac.

Doy de mano á la parte puramente artística del susodicho álbum, que contiene cosas muy bellas, mas para juzgar la cual me declaro incompetente, y escojo tan sólo ciertas flores exóticas que han brotado en el jardín literario-musical.

Entre los músicos conspicuos que han regado con el vaho de sus inspiraciones las páginas del álbum, aparecen los maestros Arrieta, Bretón, Chueca y Chapí.

Los dos últimos se contentan con exhibir modestos facsimiles: Chueca, un pequeño fragmento de *El co're misterioso*, obra inédita, y Chapí los primeros compases de la introducción de *La Tempestad*. Han salido del paso, como es uso y costumbre en casos tales, con discreción, rapidez, equidad y aseo.

Los maestros Arrieta y Bretón no se han ajustado á esa pauta. El primero ha hecho un jeroglífico filosófico-musical, y el segundo se ha arrancado por pistos literarios, de los cuales disfruta hace tiempo la exclusiva propiedad.

Comencemos por Arrieta.

El eminente maestro ha trazado un pentágrama en el cual ha colocado la clave de sol y un compás de cuatro tiempos ocupado por una pausa que corona un calderón. Encima del pentágrama se lee: *Música del porvenir*. Debajo del pentágrama: *Calderón infinito*. Y después: *Madrid 14 de Septiembre de 1892. - Emilio Arrieta.*

¿Qué significa eso? Meditemos. Decir *Música del porvenir* y decir Wagner ha sido hasta ahora lo mismo.

El calderón infinito no puede, en mi concepto, simbolizar más que la quietud absoluta, el descanso eterno, la muerte.

De lo cual parece deducirse que Wagner yace en la eternidad, y que las teorías artísticas y las radicales reformas del gran maestro alemán se han marchado con él al otro mundo.

Más claro: un compás de calderón infinito representa el vacío sin fin. Luego la música del porvenir ha caído en ese vacío, en el cual ha ido á hacerle compañía el incomparable genio de Ricardo Wagner.

Por más vueltas que doy al jeroglífico, no le encuentro otra solución. ¿Es eso lo que ha querido decir el ilustre autor de *Marina*? Me resisto á creerlo.

Porque tendría mucha gracia que en un álbum dedicado á Colón, al navegante *del porvenir*, al que, merced al auxilio de Isabel la Católica, dotó á España de un nuevo mundo, se firmase la sentencia de muerte de Wagner, del músico *del porvenir*, del que, merced al auxilio de Luis de Baviera, dotó á Alemania de un nuevo arte y descubrió verdaderos mundos de armonía y de instrumentación.

Y no es posible que un artista tan eminente como el autor de *El dominó azul* haya querido dar á entender que, si hubiese vivido en tiempos de Galileo, hubiera contestado *e pur sta jerma* al inmortal *e pur si muove*; y que, de haber existido en la época de Colón, hubiese formado en las filas de los legendarios sabios de Salamanca que trataron de loco al gran Cristóbal.

**

Los sabios de Salamanca me ofrecen sus manos y me llevan derecho al maestro Bretón.

Este no puede contentarse con trazar en el pentágrama un calderón infinito. Arrieta, al menos, ha sido conciso y elocuente desde su extraño punto de vista; pero pedir concisión al autor de *Los Amantes*; pedirle que se exprese con claridad y sencillez, es como pedirme á mí que me gusten sus óperas: un imposible.

El maestro Bretón es original siempre que escribe literatura. Un día inventa unos clásicos nuevos: los clásicos *indígenas*; otro día descubre un nuevo idioma: el *más aún*, por lo cual hay que esperar alguna sorpresa, alguna fantasmagoría, en cuanto el autor de *Garín* blande la pluma del literato.

Verán ustedes las cosas que ha hecho y se le han ocurrido en, con, por, sin, de y contra Colón.

¿Contra Colón? Sí, señor, contra Cristóbal. ¡Hasta le pega! Vamos por partes.

Ante todo, si ustedes cogieran un papel pautado con *veinticuatro* pentágramas, ¿qué harían ustedes? Escribir música, ¿verdad? Y cualquiera haría lo mismo.

Pero en ese caso, el Sr. Bretón sería cualquiera, y ¡cualquier día se resigna á ser cualquiera el protegido del conde de Morphy!

Para realizar algo que se halle fuera de todo uso y propiedad, el maestro salmanticense—elevemos los adjetivos á la altura de las circunstancias—ha empuñado el arma castellanicida, y para mayor claridad y sencillez ha caído sobre veintidós inocentes pentágramas, sembrando en ellos el terror.

Para leer las letras del maestro he tenido que apelar á la lente. ¡Parecen microbios literarios, palabra de honor!

Se titula la cosa «Aria sin solfas», así, en plural, para que resulte más claro. Y empieza del modo siguiente:

«Andante reflexivo.—No intentaré cantar á Colón. ¡Es mucha figura! Es tan alta y tan grande, que, aun después de cuatro siglos, dura la envidia que inspira.»

Y se acabó el andante reflexivo y la envidia que inspira Colón.

Lo que viene ahora no tiene desperdicio. Ahí va de un golpe:

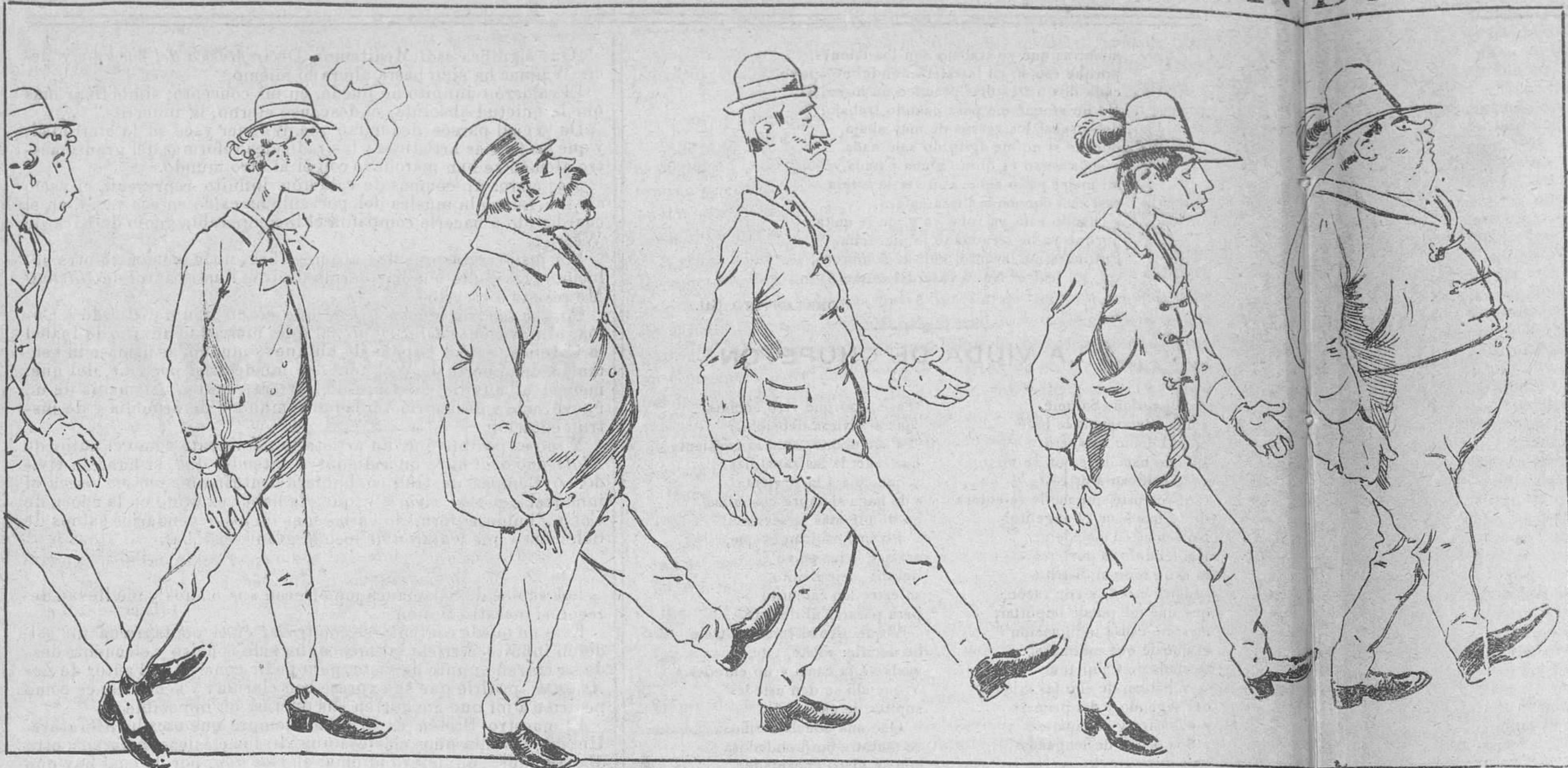
«Allegro insinuante.—Si de lo que se trata es de honrar la memoria de Colón, yo entiendo (¡yo entiendo!, fijense ustedes) que más que con pólvoras, toros y cañas—suaves y civilizadoras costumbres marroquines—aprovecharía imponer su nombre al rico continente que fué el primero en descubrir; porque, aun aceptando todos los distingos con que algunos pretenden mermar su gloria, nadie podrá negar que Colón fué quien puso el cascabel al gato, ó en otros términos, el que trajo las gallinas. La usurpación ó sustitución por el de Vespucio es una injusticia histórica que si los hombres quieren desaparecerá. Más bello es América que Colombia; pero éste es uno de los casos en los que debe ceder la belleza á la verdad. Después de todo, la adopción del nombre América es modernísima; aún hay por estas tierras quien nombra el continente occidental «Indias» y «Nueva España.» El primero, aunque dado por el Almirante, es impropio (¿Qué tal? ¿No les dije á ustedes que le pegaba?); el segundo, así fuera justo, Europa no nos lo había de permitir... Invoquemos, pues, el del insigne genovés, y sea á su memoria eterno himno en lo humano y merecido lauro el imperecedero nombre de «Colombia.»

Y después de este derrame seroso, *Santander (Sardinero) Septiembre de 1892. - T. Bretón.*

**

¡Ahora, caballeros, ahí queda eso! Admiren ustedes esa profundidad en el pensar, esa galanura en el decir, esa limpieza de sintaxis, esa pureza de estilo, esa nitidez en la expresión; saboreen ustedes la filosofía, la gramática y la geografía del *insinuante allegro* bretoniano, y... la salud que no falte, que yo necesito descansar hasta el artículo próximo, en que haré algunos comenta-

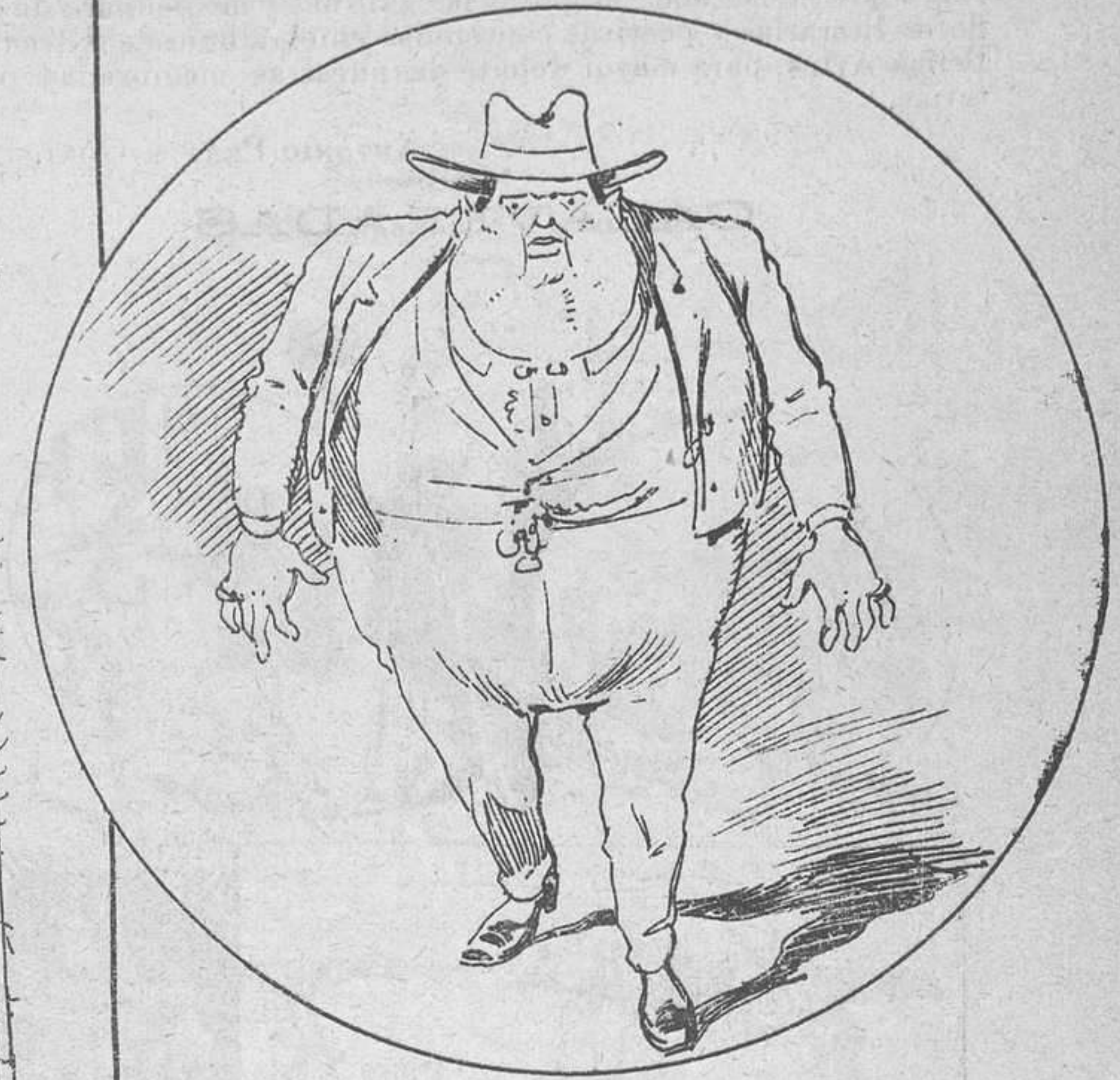
LA PROCESIÓN DE LOS GREMIOS



Donde acaba el de vinateros y empieza el de carnicería.



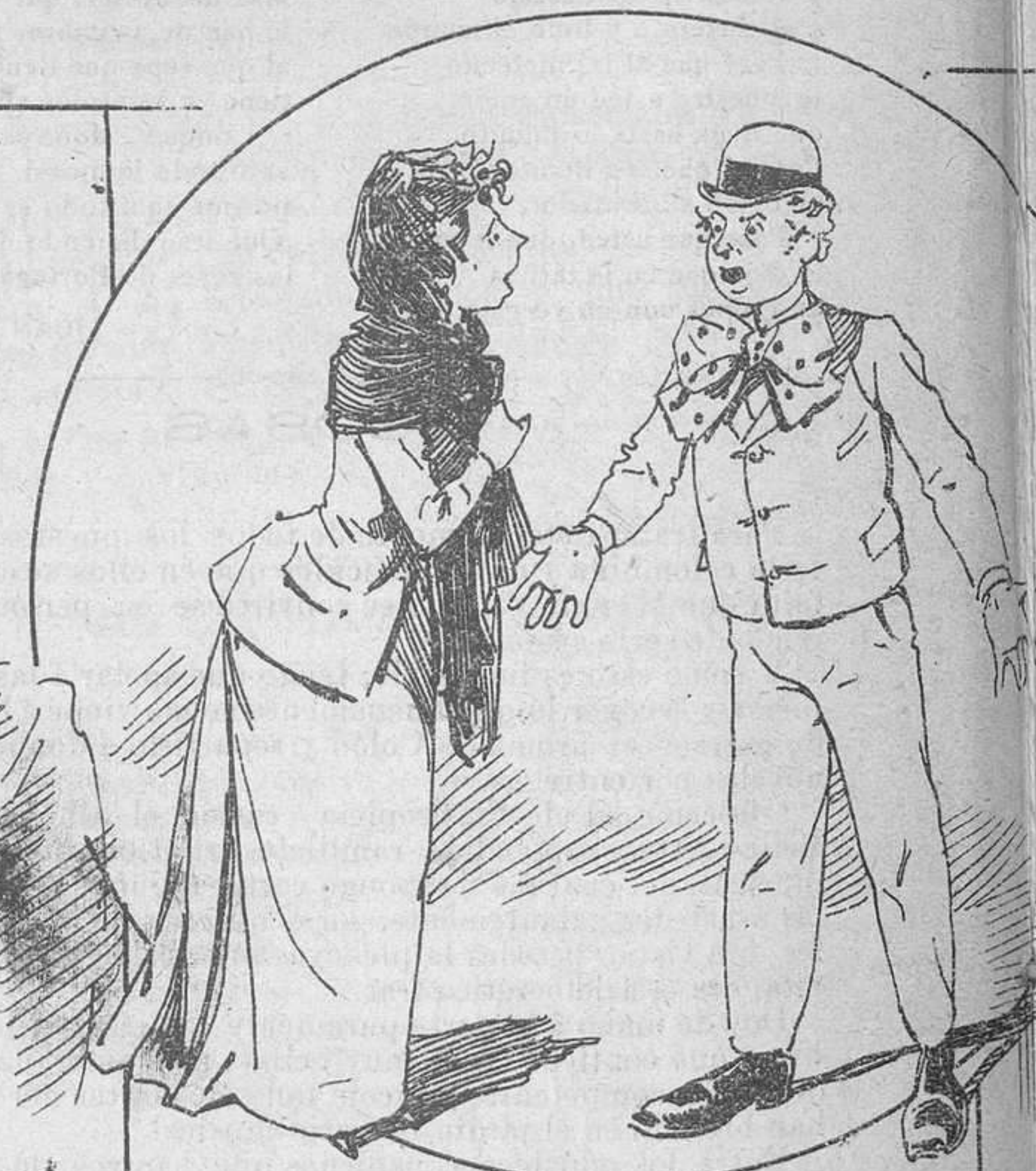
El banderín del aceite de bellotas.



Lo más hermoso de la carnicería andante.



—¡Si no fuera por el sagrado papel que voy a representar esta tarde, enseguida te llevabas tú las alubias a siete y medio!



—No, hija; esta tarde no cuentas conmigo. ¡Qué diría Colón si supiera que había faltado uno solode los de sedería?



—¡Qué lástima que no sepa nadie que el del chaquet de color de cascara está en relaciones contigo, para que te dieras importancia!



—Á mí que no me digan, don Cristóbal ha muerto, y el mejor modo de honrar su memoria es ir de duelo materialmente.

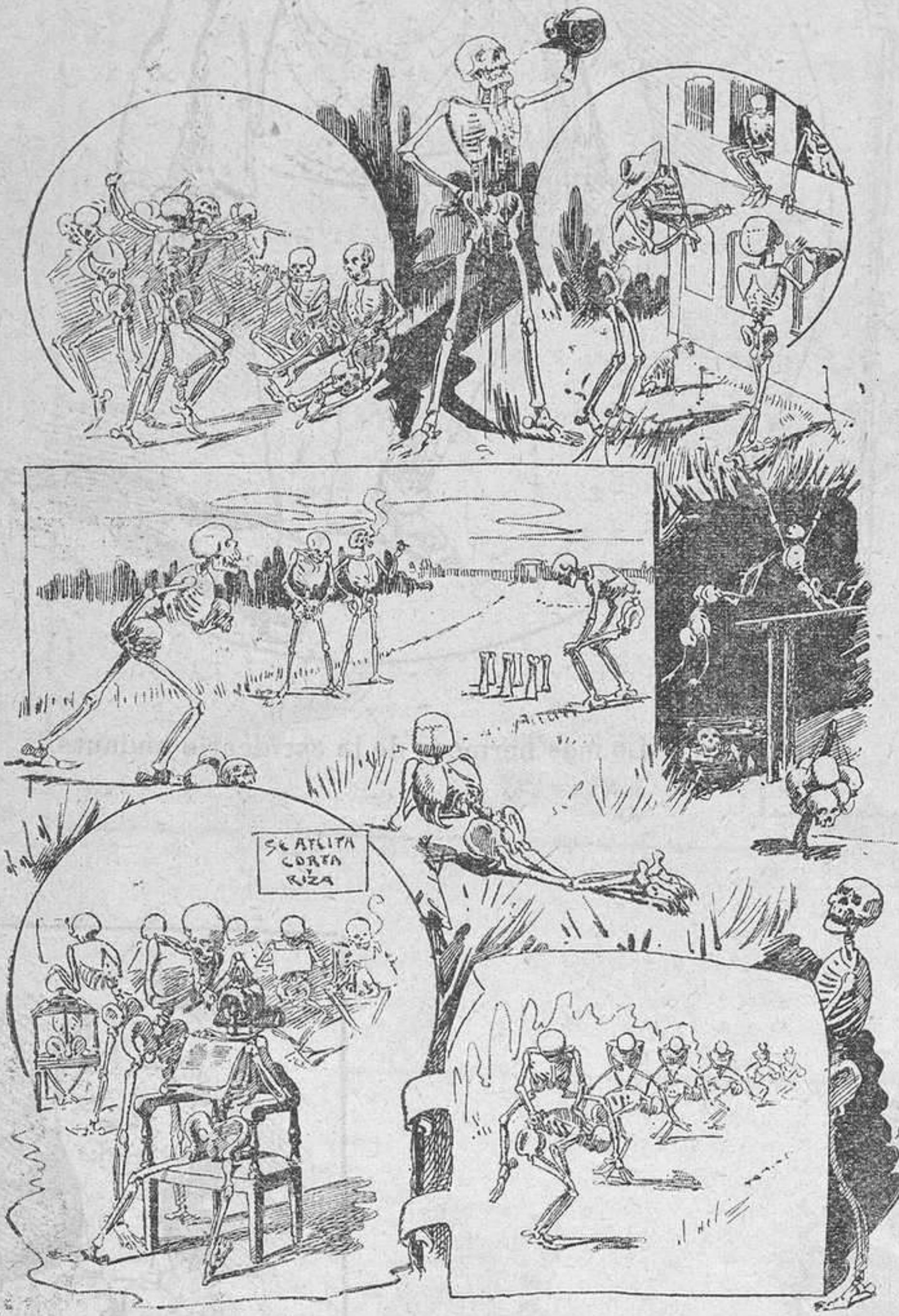


Los chicos que más han llamado la atención en la fiesta.

rios sobre el cascabel, el gato y las gallinas y me ocuparé de otras flores literarias y poéticas contenidas en el álbum del Círculo de Bellas Artes, para mayor deleite de nuestras membranas pituitarias.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

CALAVERADAS



EXAMEN DESGRACIADO

—¡Don Lucio Barragán, alias el Chichi!
—Aquí está un servidor.
—¿Dónde?
—Junto al estrao.
—Póngase usted la boima.
—Gracias.
—Bueno.
—¿Qué hay que hacer?
—Pues na; yo, como usted sabe, vengo á desaminarme pa el ingreso en la sección de asuntos suterráneos, si es que tengo aztitud, que sí la tengo, me se figura á mí, por más que sepa que no está bien el alabarse...
—Ruego al señor Barragán que se contraiga y no sea tan lato ú tan estenso, porque han tomao la vez otros alugnos y no está el tribunal pa gastar tiempo escuchando gansás, que no le importan ni un pepino.
—¡Gachó, pues vaya un genio!
—Relátenos usted su historia artística, si puede ser con brevedaz y aseop pa no molestar mucho.
—Pues prencipio. Yo, el año antepasao tenía un puesto de paraguas de seda á ocho y diez reales, en la plaza del Rastro, pero viendo que ya la industria paraguera estaba cuasi como quien dice por el suelo, y que si continuaba en el negocio iba á perder un día hasta...
—Lo creo,

pero haga usted el favor de no estenderse, que me pisa usted un callo.

—En vista de esto y de que yo he tenido dende joven la primer afición por los ojectos de propiedaz ajena, entré en el arte y empecé á trabajar al menudeo con algún resultao, aunque por falta de instrucción y de cárculo me dieron más de cuatro morrás.

—Me lo figuro, porque también á mí me han dao pa el pelo. Son gajes del oficio, de los cuales no está libre en el mundo ni el más périto.
—Sí, pero gajes que molestan algo si lo mira usted bien.

—Ya lo comprendo. ¿Y ha ido usted muchas veces á la sombra?
—Pocas, porque hay un delegao que es medio pariente de mi hermana, y me protege, no sólo por cuestión del parentesco, sino porque si *rasco* algún capricho de gusto y de valor, voy y le osequio.
—¿Y lo admite?

—¡Pa chasco! Es él un hombre muy delicao, pa hacerme á mí un desprecio, ni á nadie.

—¿Qué registro del *afano* es el que toca usted?

—Pues toos, esceto el que dirige el dizno presidente.
—Muchas gracias.

—He sido *descuidero*, *chinador*, *espadista*, de la *mecha*, verifico el *atraco* y el *bicheo* y domino el *tirón*.

—Perfeztamente.
—Y muy pocos tendrán, como yo tengo, juntos los requisitos que se exigen pa ejecutar trabajos de algún mérito, y que son á saber: poca vergüenza, tazgo, pupila, pies y lao izquierdo. Por algo me habrá dao en cuatro meses la facultaz seis diplomas.

—Too eso está muy bien hablaop, pero procure no hurgarse las narices con los dedos.
—Es costumbre.

—No importa.
—¿Ni por fuera?
—¡No señor, ni por fuera ni por dentro!
—¡Ay, qué gracia! ¿Por qué?
—Porque es un azto impropio de este sitio.

—¿Como veo que se está usted quitando la alpargata y rascándose el piel...

—Porque yo puedo hacer lo que me sale del estómago, ¡so piazo de venao! ¡Pues hombre!...

—Bueno; mire usted, señor Pepe: como artista le azmiro á usted, le acato y le venero, porque es usted una gloria; ¡pero, vaya! como hombre, primeramente ofendo á su mama de usted, que en paz descansa, y en seguida le rompo á usted dos huesos de un órgano cualquiera.

—¡Quiá!
—¡Palabra!
Na más que pa que guarde usted recuerdo de un servidor de usted.

—Mejor sería que respetara usted...
—¿Quién? ¡Yo respeto cabezas de gorrión!

(El Presidente dirigiéndose al público):—Teniendo que salir al corral un breve instante pa mascarle la nuez á este muñeco, suplico á los alugnos que se sirvan no ensuciar el salón mientras yo vuelvo. ¿Sus habéis enterao?

—Sí.
—Pues andando.
¡Arree usted pa alante!

—¡Ay, qué salero!
—¡Que arree usted pa alante!
—¡Si era en bromal
—¿Arree usted pa alante, ú le reviento?

J. LÓPEZ SILVA.
(Se continuará.)

GRACIAS DE LA CIENCIA

«Este canto es un desahogo de mi corazón—decía Espronceda al frente del dedicado á Teresa en *El Diablo mundo*;—sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema.»

«Este artículo—digo yo parodiándole—es una protesta contra ciertas gracias de la ciencia moderna. Sántenlo todas las personas de estómago delicado, ó provéanse de un pañuelo impregnado de agua de colonia, como defensa de las narices.»

Este ha sido, por lo menos, el remedio á que he tenido que acudir yo, después de repasar un prospecto recibido de París, en el que se anuncian numerosos artículos comerciales debidos á la mecánica, á la química y á otras ramas de la ciencia moderna, que, por lo visto, está de buen humor.

No citaré el nombre de la casa, para que no constituyan estas líneas un reclamo, y aun pasaré en silencio muchos de los artículos anunciados, haciéndolo únicamente con unos cuantos por vía de muestra.

Alfileres de corbata que lanzan agua. Se hallan provistos de un tubito de goma y una bola de la misma materia, oculta en el chaleco y llena de agua más ó menos olorosa. Se acerca una persona á quien lo lleva, y en el mismo momento éste oprime la bolita y le pone perdido de agua el rostro ó el vestido, cosa, como se ve, del mejor gusto y grandísima utilidad.

Petacas de doble ondo. Están provistas de un resorte, y cuando un amigo pide un cigarro, se hace que desaparezcan todos.

Este capricho tiene una variante: la cajetilla que aparece llena y que tiene una tapadera con cigarros figurados. Hace uno como que va á obsequiar al amigo, aprieta un botón, y saltando la tapadera le pega en las narices, á la vez que sale de la caja un monigote... ó cualquiera otro objeto peor.

Papel de cigarros mágico. Otra broma de buen género. Se obsequia con él al amigo; lia éste su tabaco, y en cuanto le acerca un fósforo, el papel entero arde instantáneamente, y el traje del fumador y la alfombra de la casa se ponen perdidos de tabaco.

Pipa de sorpresa. Cuando se fuma en ella produce el llanto de un niño ó el maullido de un gato. Y dice el anunciante: «Así se obliga á que todos los concurrentes busquen al gato, cosa curiosa y divertida.»

Cigarro apagador. Está provisto de agua que brota al oprimir un botón. Se pide fuego á otra persona y se corresponde á su amabilidad apagando é inhabilitando su cigarro.

Ramillete de broma. Formado de flores artificiales: se da á oler á un amigo ó amiga, y de paso se le pega un golpe en la cara, gracias á un resorte invisible del ramo.

Pelo que araña. Y dice el inventor: «Con este producto pueden realizarse bromas muy divertidas; una pequeñísima cantidad depositada en una cama impide atrozmente dormir.»

Ramito mágico. Se deja caer sobre él la lumbre de un cigarro, y esto basta para que inmediatamente se produzcan vistosos fuegos artificiales.

Cigarros misteriosos «muy íntimos y para hombres solamente,» según se cuida de advertir el catálogo.

Caja de sorpresa: al abrirla una persona salta á su cara una rana ó un par de cuernos.

Bollitos sorprendentes y tan alegres, que encierran una cabeza de muerto.

.....
Hasta aquí, como se ve, la ciencia se ha limitado en sus bromas á dar un susto, ensuciar los trajes, producir picores atroces ó saltar un ojo á los curiosos.

Pero hay otros objetos de capricho que no pueden pasar en silencio, y de los cuales habré de omitir apreciaciones propias. Hable el anunciante:

«*Bolas fétidas*, que exhalan un hedor insoportable cuando se las deja caer al suelo en una sala ó teatro. Todo el mundo tiene que escapar, y como el olor no se produce hasta un minuto después de arrojarla bola, el autor del hecho tiene tiempo sobrado para huir.»

En todo, en todo está la ciencia... hasta en asegurar la impunidad del gracioso.

Y sigo traduciendo:

«*Cigarrillos asfixiantes.* Fumando durante medio minuto uno de éstos y tirándolo al suelo, cuantos se hallan en la habitación se pondrán á toser de una manera espantosa y tendrán que marcharse.»

Otro botón de muestra:

«*Peto ño.* Nuevo instrumento que imita maravillosamente los ruidos subterráneos y puede ir oculto en el hueco de la mano.»

El tío cólico es otro de los juguetes anunciados; pero su naturalismo es de tal índole, que ni me atrevo á describirlo ni á intentar siquiera la traducción.

Sólo diré que «realiza abundantemente la curación» á la vista del público, quedando aliviado por completo.

¡Oh, ciencia sublime, que señalas la marcha del tiempo con un descubrimiento por minuto y acometes empresas tenidas por imposibles y realizas los milagros de la Edad Moderna, que han de hacer imperecedero el recuerdo de nuestro siglo! Ciencia que dignificas y ennobleces al hombre; que realizas la fraternidad universal, ligando los continentes, suprimiendo las distancias, poniendo las fuerzas todas de la naturaleza al servicio de la causa del progreso... marcha siempre por ese camino, con la frente en

las nubes; pero no descendas, por Dios, al trabajo menudo y raquíptico del comercio parisiense; no pongas tus sublimes verdades á las órdenes del comercio poco escrupuloso; no hagas gracias que te desdoran, cuando sabes realizar prodigios que te enaltecen y glorifican.

Ya que la maldad te ha arrancado la dinamita para la destrucción anárquica, que no te arranque la tontería otros descubrimientos de la química para inundarnos de *bolas fétidas* y *cigarrillos asfixiantes*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CORREO INTERIOR

I
«Por tus desdenes lloro
como un muchacho
buscando inútilmente
paz en el lecho,
y estoy las horas muertas
en el despacho
sin trabajar y á solas
con el despecho.

Mi principal me ha dicho
que, si esto sigue,
no podrá en adelante
darme su apoyo,
y para que la pena
se me mitigue
me pondrá de patitas
en el arroyo.

¡Mira si me hace daño
lo ingrata que eres,
que si sigo con esta
melancolía,
puedo por causa tuya,
si no me quieres,
perder hasta el cocido
de cada día!

Ablándate, Dolores,
yo te lo ruego;
¡mira que me despiden
del escritorio!

Haz que el amor me salve
luego, muy luego,
como hace pocos días
salvó al Tenorio.

Mira que me aturrulla
lo que me pasa
y en lugar de bayetas
mando percales,
y por mi sola culpa
ya está la casa
perdiendo sus mejores
corresponsales.

En cuanto tú me digas
que sí, que bueno,
cesará esta manía
que me atolondra,
y como yo no trague
tanto veneno,
seré libre y alegre
como una alondra.»

II
«Mira, Salustianito,
no te molestes
en escribirme cartas
empalagosas,
porque estoy de los hombres
echando pestes
y á mí no se me engaña
con esas cosas.

Me decía lo mismo
que tú me dices
otro pájaro pinto
que tal bailaba,
y cumplió sus promesas
¡por las narices!
¡en cuanto hubo encontrado
lo que buscaba!

También estaba tonto
toda la vida
y en lugar de dos ceros
hacía un siete,

¡y ahora soy yo tan sólo
la entontecida
y en lugar de la aguja
cojo el carrito!

Conque deja esa historia
manoseada,
que á mí no se me importa
que no me quieras,
pues soy en este asunto
gata escaldada,
¡y sois los del comercio
muy calaveras!

SINESIO DELGADO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. C.—Se remitió oportunamente el libro.

Sr. D. F. R. M.—Segura.—Digo lo mismo, pero se conoce que lo birlaron en Correos, y en vista de su reclamación, lo enviamos nuevamente certificado.

Betina.—Se publicará el segundo. Algo es algo.

Soliloquio.—Mal andamos de ritmo. Y no muy bien de ortografía. Porque escribir *himán* así, con hache, es un poco fuerte.

Pinzón.—Se publicará... enmendando alguna cosita insignificante.

Un redactor incipiente.—Del cual no puedo aprovechar el cantar más leve.

Chimbo.—Se publicarán un par de ellos.

Pintiet.—¿Usted se contenta con que salga en *Chismes y cuernos*? Vaya, pues voy á copiarlo aquí. Da lo mismo:

«Cuando yo voy por la calle
todo el mundo me mira,
y es que gasto un sobretodo
que parezco un Policía.»

Dios se le conserve á usted muchos años.

¿Le resultan?—No puede ser; ni á mí ni á nadie.

Sr. D. F. V.—Son un poco defectuosos entrambos. ¡Qué le vamos á hacer! La perfección no es cosa de este mundo.

Cuco.—Yo supongo que usted me agradecerá que sea franco y sincero, ¿verdad? Pues bien, todo eso es bastante malo.

Sr. D. A. G.—Vamos con el principio:

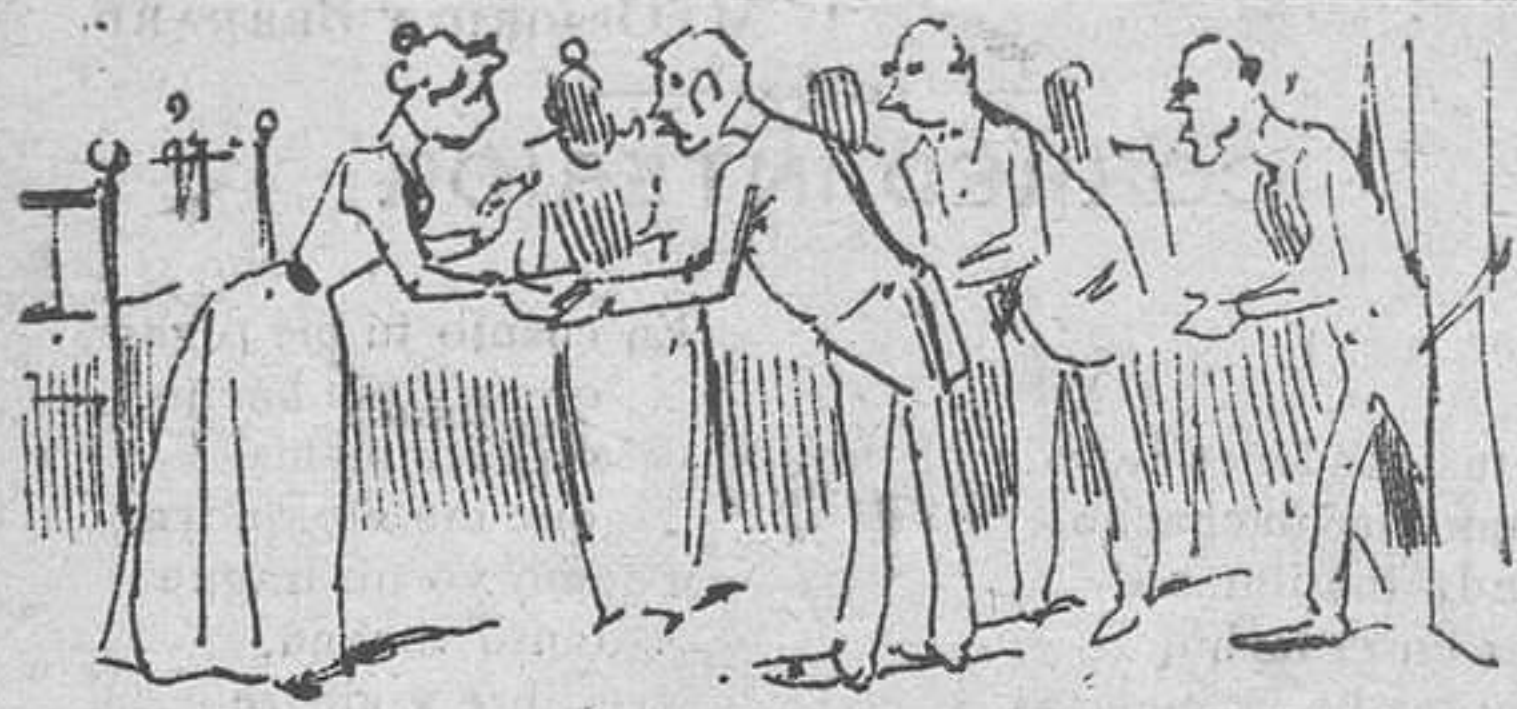
«Un marido muy malvado
tanto á su mujer pegaba,
que sin motivo fundado
diariamente la atizaba.»

¿No es verdad que tiene todo el estilo de lo que cantan los ciegos por las calles?

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36



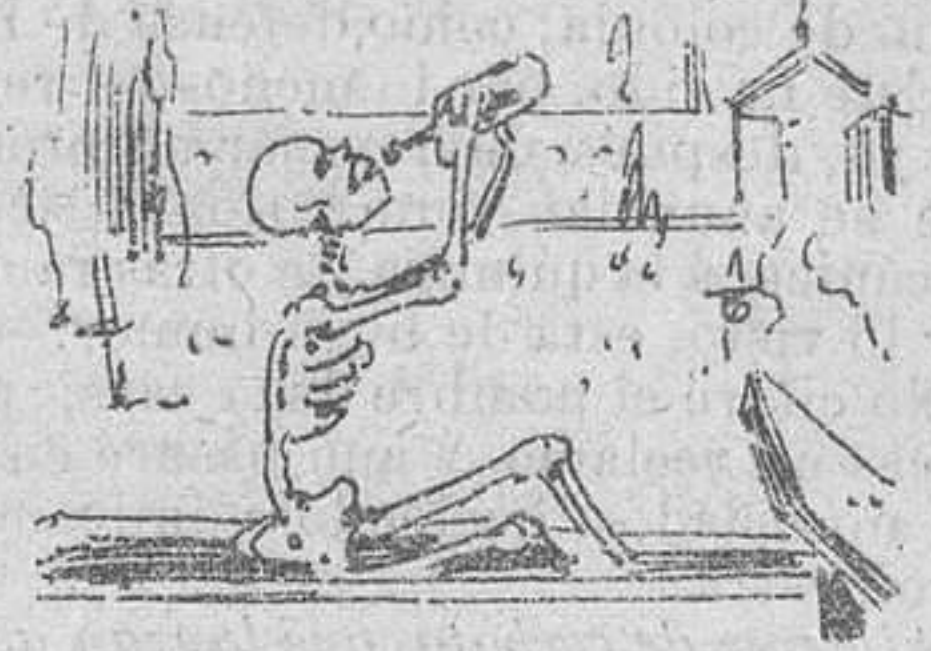
¡Aprended, criaturas! ¡Ved a Faustina por todos sus vecinos felicitada, porque compró una cama semidivina del Bazar de la plaza de la Cebada.

Número 1.



El Dentista de París, sin estropear la encía, me ha puesto una dentadura mejor que la que tenía.

Infantas, 4 y 6.



Pusieron sobre una tumba cognac fino de Moguer, y se levantó el difunto con objeto de beber.

Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



—¿Tú qué usas, Venus?
—Yo, ¡qué he de usar!
¡Agua de quina de Palomar!
Fuencarral, 24.
Perfumería y droguería.



Cuando algún querube no hace picardías Dios le da un cubierto de Las Tullerías.

Matute, 6.



García Carrasco me ha vendido un hongo, y me aclama el pueblo cuando me lo pongo.

Carretas, 26.



Si viene un penitente, le miro al pantalón; ¡No siendo de Pesquera no doy la absolución!

Magdalena, 20.



Se la compré a Martínez, y al verme Luisa me dió un beso en el cuello de la camisa.

San Sebastián, 2.



Sin dolerme, Tirso me sacó un raigón, y estoy reventando de satisfacción.

Mayor, 73.

Biblioteca del MADRID CÓMICO



FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA.
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA.
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.



—Mira, no puede un soldado ascender a general sin probar ó haber probado el aguardiente anisado de la marca El Imparcial.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO